

# EL DIA DEL AJUSTE DE CUENTAS

Por **ELSA LEWIS RAWSON**

-CORINA, apaga la televisión por favor y ve a tu cuarto a estudiar.  
-Pero, mamá, éste es mi programa favorito. ¡No lo voy a perder!  
-Me parece que todos los programas son tus favoritos - comentó el padre levantando su vista del periódico que estaba leyendo, para unirse a la conversación-. Esta es semana de exámenes, de manera que sugiero que durante toda esta semana no se mire televisión ni se escuche radio. Desde el comienzo del año escolar has estado muy floja, Corina, satisfecha con sacar notas bajas. Esta es tu última oportunidad para cambiar la situación. Pero, papá -rogó Corina-, estoy cansada de estudiar. Ojalá pudiera dejar de ir a la escuela.



«¡Dejar de ir a la escuela! -repitió el padre levantando las cejas-. Si apenas has empezado! ¡Todavía tienes muchos años por delante!

-Ahora, sé una niña buena. Deja de hacer aspavientos y estudia tus lecciones - dijo la madre levantándose de su asiento y abandonando la habitación aprisa, con la esperanza de prevenir cualquier discusión ulterior.

Corina apagó la televisión y subió a su cuarto, pero no para estudiar. En cambio, tomando el teléfono llamó a su amiga Patsy. A Corina le gustaba Patsy porque ésta siempre le dejaba copiar sus deberes. Para cuando las chicas dejaron de conversar, era hora de ir a dormir.

A la mañana siguiente, antes de salir para la escuela, Corina escribió cuidadosamente algunas fechas importantes en sus uñas largas y pulidas y colocó hojitas de papel en lugares importantes de su libro de historia.

- ¿Estás lista para el examen? -le preguntó Patsy cuando se encontró con Corina a la puerta de la escuela.

-Completamente -dijo riendo Corina.

Había gran excitación en el ambiente mientras los muchachos y las niñas se arremolinaban en el gran vestíbulo. Algunos se comían las uñas nerviosamente; otros hojeaban libros, haciendo consultas de último momento.

Una campanilla fuerte anunció el comienzo del primer período de clases. Corina tomó del brazo a Patsy y las dos entraron en el aula. Corina se dirigió a su asiento y dejó los libros sobre el pupitre.

-¡Atención, clase! -y la Srta. Arroyo inspeccionó a cada alumno con una mirada perspicaz y penetrante-. Tengan la bondad de traer sus libros a mi escritorio. Pueden llevárselos cuando termine el examen.

A Corina el corazón le dio un vuelco. Miró nerviosamente a través del pasillo, donde estaba Patsy, pero ésta mantenía los ojos fijos en la maestra.

Corina casi se aterrorizó. Había planeado usar su libro para ayudarse durante el examen. Sabía que éste sería difícil. Sólo cuando recordó las fechas que tenía en las uñas, el corazón se le tranquilizó.

Patsy, en cambio, había estudiado mucho, y confiaba en su memoria para rendir el examen. No tenía necesidad de copiar. A Patsy le gustaba Corina y valoraba su amistad, pero se sentía culpable cada vez que le permitía copiar sus deberes. Sabía que eso no era justo y que tampoco la estaba ayudando a Corina. Había resuelto que tan pronto como terminaran las clases rompería su amistad con ella. Un toque corto de campana dio la señal para comenzar la prueba. Los alumnos se inclinaron ansiosos sobre sus papeles. En la media hora siguiente el silencio sólo se interrumpía por el rasgueo de las plumas al escribir sobre el papel.

Dos veces la Srta. Arroyo la sorprendió a Corina tratando desesperadamente de llamar la atención de Patsy.

-¿Terminaste el examen? -le preguntó la segunda vez acercándose al pupitre de Corina.

-Todavía no, Srta. Arroyo -tartamudeó Corina apretando los puños.

-¿Qué tienes en las manos?

-Nada -respondió Corina, pero se le enrojecieron hasta las raíces de los cabellos.

-¡Déjame ver tus manos! -le pidió la Srta. Arroyo y, por el tono de su voz Corina se dio cuenta de que la maestra no estaba jugando. Corina las levantó lentamente. Las fechas habían desaparecido de las uñas, pero quedaban las manchas de tinta.

Corina no se atrevió a levantar la cabeza. Sintió la mirada de toda la clase. La Srta. Arroyo tomó el papel de sobre el pupitre y lo hizo añicos. Corina se quedó mirándola, asombrada.

-Estás despedida del aula.

Las lágrimas que trató de retener le quemaban los ojos. Había sido humillada delante de toda la clase. Nunca más podría mirar a sus condiscípulos en la cara. Rápidamente se deslizó de su asiento y salió corriendo del aula.

Vagó por los terrenos de la escuela sin saber qué hacer, porque no se atrevía a volver a la casa y encarar a sus padres. Sabía que la noticia no demoraría mucho en divulgarse entre los vecinos. Sus padres se sentirían humillados y chasqueados. Había perdido la confianza de su excelente maestra, y el respeto de Patsv. su más querida amiga. "Si tan sólo hubiera escuchado a papá y a mamá y hubiera pasado más tiempo estudiando las lecciones en lugar de mirar televisión y perder tiempo en el teléfono no me encontraría en este lío. Oh, Jesús -sollozó-, si me ayudas a salir de este problema, prometo que nunca más copiaré. ¡Te ruego, Jesús, ayúdame!"

"Vé a casa y dile a tus padres todo. Ellos van a entenderte y ayudarte" pareció decirle una voz en su interior.

"¡Iré!" murmuró y se enjugó las lágrimas de los ojos.

Cuando abrió la puerta de atrás de su casa, su madre la estaba esperando con los brazos extendidos. Corina se echó en ellos. Y allí quedaron las dos sollozando en silencio, Corina de remordimiento y humillación, y la madre de pena y chasco.

No hubo necesidad de dar explicaciones. La Srta. Arroyo había telefoneado a la Sra. Norton y le había contado todo.

-Oh, mamá, sollozó Corina-, me siento tan avergonzada. ¡Si tan sólo te hubiera escuchado a ti y a papá esto nunca habría ocurrido!

La Sra. Norton enjugó las lágrimas de los ojos de Corina.

-Mejor que no se repita jamás -dijo en tono firme-. Eres una niña inteligente, y si hubieras dejado de perder tanto tiempo en cosas inútiles y te hubieras aplicado a estudiar, no hubieras tenido necesidad de copiar.

-Supongo que tendré que repetir el grado .-suspiró Corina.

-Ese sería un castigo justo -le dijo la madre-. Es lo que mereces. Pero la Srta. Arroyo es muy bondadosa. Me dijo que te dará una segunda oportunidad. Si estudias fuerte durante la vacación, te dará otro examen, y si lo pasas, recomendará que te promuevan al grado inmediato superior.

-¿Eso es lo que ella dijo, mamá? Entonces Dios oyó mi oración. ¡Oh, cuán agradecida estoy de que Jesús, y los maestros y las madres no nos desechen cuando nos portamos mal!